

Casto Blanco Cabeza, *CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS DE GABRIEL Y GALÁN* (Madrid, 1919)

---

Don Casto Blanco Cabeza, sabio y dignísimo profesor de la Escuela Normal de Madrid, ofrece hoy al público un libro interesante y simpático como pocos. Movido de cariñosa amistad obstínase en que mi modesta pluma detenga el ansia, de leerlo con que todo español lo tomará en sus manos; y yo accedo a mi pesar, pues la sospecha de la inutilidad de estas líneas se eleva a certidumbre en vista de los hermosos preliminares con que el editor le antecede y son verdadero prólogo de la obra.

Envidiables dotes de narrador posee el señor Blanco Cabeza y revela cumplidamente en tan ameno escrito, que se lee con el agrado de una novela y el provecho de una historia. Contados están en él, por modo insuperable, todos los antecedentes necesarios para emprender la lectura: de las cartas y poesías de Galán: los orígenes del epistolario, sus etapas y vicisitudes; las cualidades físicas y morales del poeta en su edad juvenil, sus hábitos de estudiante y hasta sus ilusiones, sus afectos y sus esperanzas. Y como marco de semejante esbozo psicológico, desfilan también, alumnos y profesores de varia catadura; camaradas, admiradores y hasta envidiosillos del futuro cantor de las etapas castellanas, en cuadro animado y palpitante, con esa verdad y frescura que solamente resplandecen en el trasunto de la realidad vivida, cuando quien lo pinta alcanza, como el Sr. Blanco Cabeza, a dibujarlo con segura mano y a derramar sobre él las cautivadoras galanuras de la forma. Solamente dos páginas emplea en retratar al venerable Sarrasí y, sin embargo, le conocemos tan bien que nos parece haberle visto y comunicado. Parco en comentarios, huye a propósito de toda consideración retórica; mas elige con tanta habilidad los hechos y los relata con tal destreza, que ellos solos sugieren variadísimas

deducciones, logrando así uno de los más estimables méritos del escrito, conviene a saber: cierta colaboración del lector, que a duras penas se aviene con un papel meramente pasivo, cuando todo se lo dan dicho y comentado. El episodio de los *gorrioncillos* habla más en alabanza del corazón de nuestro poeta que diez pliegos de consideraciones filosóficas.

Blanco Cabeza y Galán fueron amigos, mas no con esa amistad un tanto externa y muchas veces fugaz, engendrada por el compañerismo de las aulas, sino con el afecto hondo y duradero que nace de la comunidad espiritual, de las afinidades de sentimiento, de la identidad de caracteres. Cuantos conozcan a Blanco Cabeza hallarán natural y necesario este recíproco afecto. Así como en el autor de *Campesinas* hermánanse en él las altas dotes intelectuales con las prendas del corazón. En verdad privilegiado, de vasta cultura, de temperamento soñador, de inteligencia perspicaz es, sobre todo, como Galán lo fue, un hombre bueno, modesto, laborioso, de arraigadas creencias y de pecho agradecido y sensible, según prueba este libro, raro ejemplo de devoción a la memoria de un muerto.

No menos de cincuenta cartas y seis poemas abarca la colección presente. Escritas las primeras al correr de la pluma, sin artificio de ninguna clase, ajenas a toda idea de publicidad y tan sólo para recordar al amigo el afecto que no se éntibia, revelan mejor que ninguna otra de sus obras lo que José María Galán era por dentro, confirmando a la vez, sus innegables méritos de prosista; la seguridad de la frase, la afluencia del estilo, la riqueza de vocabulario, la sencillez encantadora y la gracia espontánea, cortés y apacible.

Las producciones de los grandes artistas ponen de manifiesto no solamente sus principios estéticos' y los recursos de su técnica sino también las reconditeces de su interior, y de un modo especial las empresas literarias que por su naturaleza son más íntimas, más espirituales. Pero el contemplador no se satisface ordinariamente con esto: desea penetrar, guiado por la obra, en el alma misma de donde ha brotado, sorprender el divino impulso que pudo inspirarla, el hervor de la fantasía al vestirla de forma tangible, los pasos todos de su elaboración, ya lenta y trabajosa, ya rauda y ardiente, para entrever así la psiquis del artista, a quien se complace en suponer noble, brillante y como purificado de las miserias de la carne. Peligroso es, con todo, semejante análisis, aunque no poco instructivo, porque, ¡cuántas veces, si esto logramos, la desilusión nos defrauda y entristece!

No así en el caso del insigne salmantino. Estas cartas, tan ingenuas como elocuentes, manifiestan un espíritu íntegro, desnudo, sin dobleces, ni repulgos. La sinceridad, timbre excelso de las obras de Galán, brilla

aquí esplendorosa, convidándonos a bucear en un alma que fué como parece: sencilla, honrada, cristiana, inteligente y tierna en sumo grado. Preséntannos, además, al artista principalmente en sus años de juventud, cuando arde la imaginación, las pasiones se exaltan y el entendimiento vacila y muchas veces zozobra; primavera del vivir apta a las expansiones poéticas, pero en la cual contados hombres logran la plenitud de su genio. De este número, fué nuestro poeta, según demuestra su epistolario: el Galán de 20 años es el mismo de 35 edad en que le arrebató, la muerte.

Los temperamentos afectivos y emocionales, cuya nota característica es una extremada sensibilidad, viven sobre todo interiormente, aman la meditación y el silencio y suelen propender al psicologismo, entregándose a la autoinspección y estudio de sí propios y recogiendo, con frecuencia, en *diarios* los productos de este examen. No consta que Galán dejase escritos de semejante clase, pero muchas dulces cartas que van a leerse pueden sin violencia figurar en ella por la finura analítica con: que exponen estados de ánimo, vaguedades, deseos, optimismos y tristezas de un ser que nada ceta, que se entrega al amigo amado y le comunica cuanto siente y cuanto piensa.

Relativamente fácil es escribir bien, porque al fin la forma literaria es cosa externa y artificiosa, que con la aplicación se adquiere; mas no lo es sentir la realidad y comprenderla hondamente; para ello son precisas cualidades interiores, delicadezas espirituales y hasta, quizás, perfecciones orgánicas, patrimonio hartamente regateado por la naturaleza. Apremiar lo grande, conocer lo extraordinario, gustar lo noble, al alcance está de los muchos; pero descubrir lo delicado, lo fino, lo exquisito, privilegio es de los pocos. El poeta castellano, mago evocador, hace surgir por doquiera hermosuras misteriosas ocultas al común de los mortales y que aguardaron latentes su llegada para revelarse sólo a él, como la princesa dormida esperó en letargo secular la presencia del príncipe único designado por la fortuna. Nada para Galán hay pequeño o despreciable: todo vive a sus ojos y en todo descubre alma, belleza y movimiento. La peña desnuda, la rasa campiña, el árbol desmedrado, el menudo insecto, un viaje en ferrocarril, una enfermedad pasajera, la vida aldeana, los lances de unas oposiciones, la espera de cartas y noticias, la regencia de una escuela pueblerina, los cuidados del labrador, la cacería de liebres y perdices, el hablar con rústicos y gañanes..., todas estas cosas tan comunes y prosaicas se elevan maravillosamente en sus manos y adquieren interés y nobleza. Y ¡qué será cuando los grandes afectos y dolores de la vida, como el cariño a la esposa y a los hijos, la muerte de la madre, el triunfo aclamado, le hieran o le halaguen hacienda vibrar ampliamente aquella

cuerda siempre tensa y resonante! De todo hay muestras en este epistolario y en todas se descubre su gran espíritu, cuya afectividad trascendente le hace abrazarse en poética unión con la naturaleza entera, calentarla con su propio fuego, palpitar y vivir, porque en cada ser deposita un destello de su alma abrasada de inextinguible sed de amores.

De los poemas, hasta ahora inéditos, que aquí se ofrecen mucho podría decirse. Casi todos fueron compuestos en la breve y única estancia del autor en Galicia y pertenecen, por tanto, a su más tierna juventud. Esto sólo declara el gran interés con que serán mirados como primeros vuelos de esa alondra terrena, a quien gusta ocultarse tímida en la hondura del surco recién labrado y confundir con la parda tonalidad de la haza los modestos colores de su plumaje; pero que sabe también volar osada y remontarse en graciosas espirales para saludar con dulces trinos al mañanero Sol, dorado y fecundante. Tienen además innegable mérito intrínseco, como lo tiene cuanto salió de su pluma, dócil y afortunada; así *Suspiros*, mansas quejas de un desengaño amoroso como el improvisado *Adiós*, compuesto con singular soltura y la burlesca elegía a la muerte del hurón *Ciquiel*, hábilmente versificada y que nos ofrece muestra de la vena festiva de Galán, aspecto poco conocido del poeta.

Mayor importancia ostentan las composiciones restantes: *¡Patria mía!*, inspirada canción a la aldea nativa, donde el autor triunfa de la técnica con variedad de modos; la primorosa balada *Fuente vaquera*, que no obstante pertenecer al ciclo de sus primeros versos nos ofrece al poeta ya formado y definido; los cadenciosos pareados *Mañanas y tardes*, obra de empeño, indudablemente una de las buenas poesías suyas, en que los primores de la versificación vencen la dificultad del cansado metro y donde flota visible recuerdo del gran Zorrilla. En estas obras está, sin duda, todo Galán. Escribiólas mejores; pero ya en ellas aparecen íntegros los recursos de su lira y especialmente aquel hondo entusiasmo por la tierra natal, el campo castellano, cuya austera y solemne belleza supo sentir y expresar como nadie. Porque Galán fue un alma campesina afinada por el estudio y ennoblecida por el sentimiento. En él palpitan los puros afectos y la natural rectitud del hombre campestre y supo vestir con ropaje urbano los ideales comunmente vagos pero vigorosos del mundo rural, como la abeja transforma dentro de sí el zumo de las flores silvestres en miel dulce y regalada.

Ceso de entretenerte lector. Con gusto recorrerás estas páginas, recórrelas también con reverencia; porque la presente obra es tierna ofrenda de póstumo cariño que manos piadosas depositan sobre una tumba querida.